

---

# LA UNAM EN LA HISTORIA DE MEXICO

---

DEL INICIO DEL RECTORADO  
DE PABLO GONZÁLEZ CASANOVA  
AL CONGRESO UNIVERSITARIO  
(1970-1990)

LOURDES MARGARITA CHEHAIBAR NÁDER  
COORDINADORA DEL VII COLOQUIO



## CONTENIDO

Mensaje inaugural	
JOSÉ NARRO ROBLES .....	XI
México y su Universidad nacional	
ESTELA MORALES CAMPOS .....	XV
Una Universidad para la Nación	
GUILLERMO HURTADO .....	XIX
LA DÉCADA DEL SETENTA: REPLANTEAMIENTOS EN EL MODELO DE DESARROLLO NACIONAL Y CRECIMIENTO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR	
Inauguración del séptimo coloquio: Del inicio del rectorado de Pablo González Casanova al Congreso Universitario de 1990	
LOURDES M. CHEHAIBAR NÁDER .....	1
México en la década de los setenta: Un parteaguas histórico	
JULIO LABASTIDA MARTÍN DEL CAMPO .....	5
Expresiones culturales y juventud. Sobre la década de los setenta	
MARITZA URTEAGA CASTRO POZO .....	21

Pablo González Casanova. Modernización de la universidad y democratización de la enseñanza JAVIER TORRES PARÉS .....	49
La Universidad Nacional entre 1973 y 1980 HUGO CASANOVA CARDIEL .....	73
LOS OCHENTA, LA DÉCADA “PERDIDA”: CRISIS Y EDUCACIÓN SUPERIOR	
Economía y sociedad en la década perdida: México en la década de los ochenta LEONARDO LOMELÍ VANEGAS .....	85
La unam en la década de los ochenta, el rectorado de Octavio Rivero Serrano FERNANDO PÉREZ CORREA.....	107
Rectorado de Jorge Carpizo: los albores de un nuevo modelo en la Universidad Nacional MARÍA DEL REFUGIO GONZÁLEZ.....	121
Del inicio del rectorado de Pablo González Casanova al Congreso Universitario IMANOL ORDORIKA SACRISTÁN.....	145
LOS AÑOS NOVENTA: REDEFINICIÓN DEL PROYECTO DE ESTADO Y GOBIERNO; REFORMAS A LA EDUCACIÓN SUPERIOR	
Economía y sociedad en la década de los noventa: los saldos del cambio estructural en México ROLANDO CORDERA CAMPOS .....	159

Conocimiento, ciencia y tecnología: entre el modelo de mercado y la concertación institucional ROSALBA CASAS GUERRERO . . . . .	181
Entre abismos la generación joven de la década de los noventa JOSÉ ANTONIO PÉREZ ISLAS . . . . .	197
El congreso Universitario de 1990 en la UNAM LOURDES M. CHEHAIBAR NÁDER . . . . .	227
La conformación de políticas para la educación superior en la era global ÁNGEL DÍAZ-BARRIGA . . . . .	239
La década larga. Cambios y reformas en las universidades públicas estatales en los noventa ADRIÁN ACOSTA SILVA . . . . .	259
Financiamiento de las universidades públicas, nuevos actores y estrategias JAVIER MENDOZA ROJAS . . . . .	291

## DEL INICIO DEL RECTORADO DE PABLO GONZÁLEZ CASANOVA AL CONGRESO UNIVERSITARIO

IMANOL ORDORIKA SACRISTÁN\*

La universidad es una institución política de la sociedad. Con esta afirmación me refiero a nuestra UNAM y a todas las universidades, a la universidad como institución. En el seno de las universidades se disputan proyectos nacionales y proyectos de democratización, se tensan las relaciones para orientarlas a favorecer la acumulación de capital o los procesos de equidad y de democratización; en fin, entran en juego una enorme cantidad de tensiones económicas, políticas, culturales, sociales que se manifiestan en su interior.

Por la naturaleza del sistema político, en nuestro país esta condición ha sido mucho más evidente que en otros. Los estadounidenses piensan que sus universidades sólo mostraron su lado conflictivo en la década de los sesenta; pero están marcadas también por esta clase de tensiones, por estas disputas políticas a veces soterradas, otras abiertas.

La disputa por el poder está presente siempre. Unas veces es abierta y otras se dirime en procedimientos que parecen invisibles, pero está ahí. Esa disputa por el poder se ve influenciada, de manera decisiva, por la interpretación histórica del devenir de la propia institución.

\* Instituto de Investigaciones Económicas (IIEco), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Por ello resulta sugerente recordar el discurso de Justo Sierra para mostrar que entre él y Ezequiel A. Chávez, segundo rector de la Universidad, quienes impulsaban el proyecto, había visiones distintas que marcaron 100 años de nuestra Universidad. Visiones que pueden observarse aún en los discursos de los rectores y de otras personalidades universitarias.

Sierra decía “no quisiéramos ver nunca en ella torres de marfil, ni vida contemplativa la universidad”, “discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor”. Pero los rectores que invitaron a la inauguración de la Universidad venían de Berkeley, de las universidades de investigación de Estados Unidos, quienes esencialmente plantearon la otra vertiente de la universidad, la universidad del conocimiento, por el conocimiento y para el conocimiento, que coexistió con la universidad con responsabilidad social, que planteaba Sierra.

Esos extremos, digamos tipos ideales en el sentido weberiano, hacia donde tendían las posiciones universitarias, se disputaron desde el primer momento en que se fundó la Universidad. Un mes después, estallaba la revolución mexicana y sus fundadores no se habían dado cuenta de las corrientes y procesos que recorrían todo el país.

Desafortunadamente tenemos que dejar de lado las famosas polémicas Caso-Lombardo por la libertad de cátedra y las disputas entre los grupos de la Universidad inmersos en una estructura que desde 1945 ha sido esencialmente la misma. Ciertamente con estilos de gobernar diferentes, pero con una estructura de poder que limita profundamente la participación de los universitarios en la toma de decisiones y que pese a los conflictos habidos, de las irrupciones de la sociedad civil, se mantiene esencialmente estático.

En diversos periodos se reflejan estilos personales de gobernar que, en ocasiones, dan más espacio a la participación y más juego democrático; mientras que en otros se cierran y, generalmente en éstas, se manifiestan los conflictos.

Esta vez nos toca abordar el periodo de la década de los ochenta. ¿Cómo llegamos ahí? Veamos los antecedentes de manera casi telegráfica: el contexto lo dan las recurrentes crisis económicas, con

un dato adicional: en efecto, los salarios en el país empezaron a caer desde 1975; pero los salarios de los académicos universitarios cayeron, no más abajo sino más rápido incluso que los salarios mínimos.

De 1975 a 1985 los salarios promedio del personal académico de la UNAM se redujeron en términos reales en casi 80%. Los salarios de los administrativos peor. En esas condiciones estaban esos actores universitarios. Antes, el estudiantado había sido derrotado por la violencia y la represión del Estado en 1968 y 1971.

En ese panorama surgió un esfuerzo de reorganización de los universitarios en proyectos sindicales diferentes. Uno de ellos fue el que alentó el Consejo Sindical que proponía un sindicalismo no gremial para transformar a la Universidad, al tiempo que el gobierno federal alentaba la provocación, cuando Castro Bustos y Falcón se paseaban con ametralladoras por el *campus*. Con esa alternativa, los profesores de tiempo completo de nuestra universidad crearon el Sindicato del Personal Académico de la UNAM (SPAUNAM).

A los profesores de tiempo completo de la UNAM, las autoridades universitarias los derrotaron enfrentándolos con profesores por horas, de asignatura, esgrimiendo un argumento que separaba lo académico de lo laboral y, finalmente, con la entrada de la policía en 1977 para acabar con la huelga. Detuvieron a los dirigentes académicos y a los líderes administrativos los dejaron fuera.

De ese modo llegamos a la década de los ochenta con relaciones tensas entre autoridades y trabajadores. Frente a la emergencia del sindicalismo, construyeron un enorme aparato de control y una gigantesca burocracia universitaria que desarrolló intereses propios, misma que sigue vigente hasta estos días. Se instaló, además, esa burocracia como un componente del sistema autoritario de nuestra universidad —también vigente— y constituyó un elemento que ha puesto en riesgo la autonomía de la Universidad al desarrollar intereses políticos internos y externos que vincularon las decisiones universitarias a las a decisiones del gobierno federal.

En ese contexto, se normalizaron más o menos las relaciones laborales, pero con un personal académico derrotado; derrotada su

organización independiente, derrotados con la puesta en práctica de sistemas como el Sistema Nacional de Investigadores y los estímulos internos que han distorsionado completamente la vida académica de nuestra institución y de otras en el país. Derrotados porque no se puede renovar la planta académica y derrotados porque este segmento, el personal académico tiene muy poca incidencia y peso en las decisiones importantes de la institución.

Así estaba la Universidad a principios de la década de ochenta. Así transcurrió el periodo del rector Octavio Rivero Serrano, en el que hubo la última huelga importante del STUNAM, en 1983, movimiento que cerró prácticamente el ciclo de luchas sindicales.

Debe señalarse que desde 1971 hasta la aparición del CEU, el 31 de octubre en 1986, los actores de la vida política universitaria eran la burocracia y el sindicato de trabajadores administrativos.

Esos actores tuvieron —en momentos gloriosos y definitorios y en otros verdaderamente tristes— el monopolio de la política universitaria. No obstante, había *praxis* política y se definía en todos lados; desde luego en el Consejo Universitario.

Platicando un día con el doctor Fernando Pérez Correa, decía: “estábamos en disputa; había que controlar; no podíamos permitir que los Colegios se nos salieran de las manos”. Estaba la Universidad en disputa.

De pronto, cuando todo parecía en calma, vino el sismo de 1985 y el rector quiso cerrar la universidad. No detener las actividades, sino cerrarla frente al sismo. Llamaron a clases normalmente.

Miles de universitarios nos volcamos al las tareas de rescate y ayuda voluntaria, sin ningún apoyo oficial de la UNAM. De repente el doctor Jaime Litvak tomó la iniciativa de organizar el apoyo universitario. Se instaló en el *reposo* de atletas a levantar listas, a poner en el pecho a los muchachos un distintivo de la UNAM, para organizar brigadas de rescate. Estuvimos metidos en el trabajo de rescate durante semanas. En una ocasión tuvimos que ir a hacerle un gesto al Consejo Universitario porque, efectivamente, la comunidad universitaria rebasó a las autoridades en 1985. Salimos a la calle.



Meses después, el rector Carpizo presentó el documento “Fortaleza y debilidad de la UNAM” al Consejo Universitario que, por cierto, era una aplanadora. Para que lo tengan más claro: desde 1945 no ha habido propuesta del rector en turno que pierda la votación en el Consejo Universitario. En 65 años no han perdido una propuesta. Por ejemplo, nunca se ha elegido un miembro de la Junta de Gobierno que no sea el propuesto por la Rectoría.

Nos acercamos cuando se propuso a Sergio Fernández, y nos lo echaron abajo con Sergio García Ramírez, otro gran universitario; pero votaron todos los directores por un lado y estudiantes y profesores del otro, y perdimos, como siempre.

Decía que el rector presentó “Fortaleza y debilidad de la UNAM” en un contexto determinado con concepciones como esta: la revista *Siempre!* publicó en su portada la caricatura de un burro vestido de estudiante. Ése era el mensaje. Estudiantes que no estudian, profesores que no enseñan y trabajadores que no trabajan. Y había una opinión entre estudiantes y profesores que decía: “y autoridades que no tienen autoridad”.

A partir de una “consulta popular” al vapor trataron de legitimar un conjunto de propuestas restrictivas a las que llamaron reformas. Convocaron al Consejo Universitario y en su afán por aprobar los nuevos reglamentos se les olvidó su propia legislación y concluyeron que se podía eximir el requisito de leer y discutir esa propuesta porque era de “obvia resolución”.

A los consejeros estudiantes disidentes nos echaron encima la avalancha burocrática del Consejo. Decía Miguel José Yacamán: “esta reforma es un torpedo para hundir a los barcos de nuestra Universidad y los grouchomarxistas que aquí se oponen a la reforma habrán de pagar caro frente a la historia”. Y para contrarrestar este tono histriónico, nosotros, que acabábamos de leer *Espartaco* de Howard Fast, respondimos: “volveremos y seremos miles”. Al día siguiente empezaba el periodo de vacaciones.

En efecto, sentíamos que podríamos ser miles. El primer momento en que nos dimos cuenta de esa posibilidad fue aquí, en la Facul-

dad de Química. Francisco Barnés, después rector, en la semana de inscripciones convocó a los estudiantes: “les voy a explicar las bondades de la reforma de Carpizo y algunas que vamos a hacer aquí también, porque vamos a aumentar cuotas”.

Y la Facultad de Química, cuyos estudiantes no se habían movido desde 1968 —aunque sí un poco en torno del SPAUNAM—, se movió; confrontó a su director. En ese momento advertimos que habría un nuevo movimiento de estudiantes.

Debe señalarse que ese movimiento tenía claros sus referentes históricos: el CEU de 1966 y el Consejo Nacional de Huelga de 1968. El CEU de 1966 no tenía nada que ver con *Polito* Sánchez Duarte y los porros que emplumaron al rector Ignacio Chávez, no. El referente era el planteamiento de Gilberto Guevara y otros estudiantes, quienes después fueron dirigentes en 68, y de quienes en 66 reclamaban cambios como la desaparición de la Junta de Gobierno, también formulada por Mario de la Cueva desde 1944, cuando se discutió la Ley Orgánica que actualmente rige a la UNAM.

Entonces, fuimos a las escuelas, retomamos la idea de una organización de las estudiantes como había sido el CNH de 1968, en el sentido de que no era una organización de grupos políticos sino representaciones de estudiantes electas en asambleas, y construimos el CEU.

Con base en una lectura de la experiencia estudiantil del 68, establecimos: “no debemos poner a nuestro adversario con la espalda en la pared sin dejar salidas porque entonces no les va a quedar más remedio que rompernos la boca”. Y planteamos reiteradamente “diálogo público”.

Un día citamos al rector Carpizo en el “Ché”, el auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras. No asistió, pero respondió: “establezcamos el diálogo público”. Honor a quien honor merece. Aceptó la demanda y en diciembre pactamos de cara a todo mundo un acuerdo político para debatir con la representación de Rectoría.

Los diálogos públicos CEU-Rectoría tuvieron lugar en enero y febrero de 1987. Se transmitieron por *Radio UNAM* en vivo y ocu-

pamos las primeras planas de los diarios y refutamos los argumentos de las autoridades en un encuentro que, según Carlos Monsiváis, era entre los reyes del *memorandum* frente a los dueños de la asamblea.

Ahí habló Andreíta González, estudiante de la Preparatoria número 4. “Voy a leer una definición de democracia que está en el libro de segundo de primaria”. Y la UNAM reaccionó. Iniciamos los diálogos públicos (que se oyeron en todo el país) con una proposición: firmemos la representación del CEU y la representación de Rectoría un acuerdo común para exigir al gobierno federal un aumento de 100% al presupuesto de la UNAM. La representación de la rectoría se negó, “pues si no nos podemos poner de acuerdo en esto, respondimos, lo demás está complicado”.

En este punto se reavivó el debate. El CEU consideró que la derogación de las reformas aprobadas era insuficiente y recuperando el deseo de la comunidad por participar y alentar cambios en la Universidad, introdujimos la idea del Congreso resolutivo y nos respondieron con un “no”. Ahí están los videos que documentan esa negativa. “Podemos hacer foros, pero al final el Consejo Universitario decide”, objetaban. Pero mantuvimos nuestro argumento: “el Consejo Universitario precipitó esta crisis, no podemos volver ahí”, y como no alcanzamos acuerdo, nos fuimos a la huelga.

Debo recalcar que en todo momento estuvimos en contacto con las autoridades. Recuerdo que el doctor Narro decía “si no nos ponemos de acuerdo y nos vamos a pelear afuera, pongámonos de acuerdo en las reglas para esa pelea”. Había una lógica, dialogar y convencer porque el asunto de esta disputa por la Universidad es un problema de correlación de fuerzas.

En su momento dijimos “no pasaran” y luego cambió el argumento: “por la fuerza de la razón, no pasarán”. Y teníamos la razón. Ese movimiento, es importante decirlo, fue el primer movimiento victorioso en décadas en la Universidad. Fue un movimiento que se propuso transformar la Universidad y ganó las voluntades de académicos y estudiantes para transformarla; no en un acto de negociación cupular, sino en un Congreso Universitario.

También fue un movimiento victorioso porque fuimos a los medios de comunicación a exponer nuestros argumentos. En el CEU se discutía la estrategia de ganarnos a la opinión pública. ¡Los volantes son nuestro mecanismo tradicional! Está bien, que se impriman 100 mil volantes, pero vayamos al programa de Ricardo Rocha a debatir con el maestro Raúl Carrancá y Rivas frente a cuatro millones de televidentes. Eso se llama acumular fuerzas y el movimiento lo hizo.

El CEU también logró su objetivo porque el rector Carpizo aceptó su propuesta y la presentó al Consejo Universitario. Con un voto en contra, el de Antonio Peña. En su turno expuso que al Consejo Universitario ningún grupo extralegal le iba a imponer la forma de transformar la Universidad. “¿Cómo lo vamos a aceptar?”, se preguntaba, pero lo aceptaron.

Se hizo política frente a un proyecto del ajuste estructural en la Universidad, presentado como proyecto de excelencia. Fue la primera vez que se escuchó esa palabra en la UNAM. El concepto procedía de los grupos de trabajo de la Toyota, de los círculos de producción de las empresas automotrices japonesas. Desde entonces las autoridades “compraron” este concepto vacío y lo instalaron como parte de la retórica universitaria.

Hay un libro excelente *La universidad en ruinas*, de Bill Readings, un teórico de la educación superior que dedica un capítulo entero a poner en claro que la “excelencia” es un argumento ideológico, completamente vacío, que sirve solamente para transformar a la universidad en la dirección que los grupos dominantes de la institución quieren imponer.

Después vinieron años difíciles porque la confrontación apareció también en el ámbito nacional. Se escinde el PRI y aparece la posibilidad de disputar el país completo. Frente a nosotros, como generación (la del temblor, la de las derrotas sindicales, la que hizo guardia en las huelgas de los trabajadores, a la que habían dado hasta con la cubeta) la misma que había ganado en la UNAM, se abrió también la posibilidad de disputar el país y planteamos ganar el país.

Apoyamos a Cuauhtémoc Cárdenas e hicimos en Ciudad Universitaria el acto más importante de su campaña. Cárdenas, a quien habían calificado como el candidato del México atrasado, reunió a 120 mil personas en la explanada de CU. Nosotros aseguramos que ganamos las elecciones; ellos dijeron que se les cayó el sistema. Fue cuando el salinismo se hizo más evidente en ese año.

Quiero dejar constancia de una equivocación del CEU: un día antes de que el Consejo Universitario sesionara (ya sabíamos que iban a suspender las modificaciones al Reglamento General de Pagos y aprobar el congreso), me tocó decir en un mitin en el Zócalo: “óiganlo bien autoridades universitarias y del gobierno federal, no aceptaremos congresitos al vapor”.

Creíamos que iban a citar de forma rápida al Congreso y sorprendernos para imponer sus criterios en la transformación de la Universidad. No fue así. Hicieron la jugada exactamente al revés; jugaron a que la generación de estudiantes que había ganado el congreso se desgastara en un largo proceso hasta 1990. Fue un periodo en donde se hizo presente la violencia en las escuelas; los grupos porriles se reanimaron. Todo muy activado... desde el gobierno federal se hacía activismo en la Universidad, porque era un espacio del cardenismo y había que derrotarlo.

Nos volcamos al congreso y ahí se produjo un enorme empate. Desde nuestra posición planteamos una nueva Ley Orgánica y no alcanzamos las dos terceras partes de la aprobación de los delegados. El rector actual también se equivocó y planteó ratificar el marco jurídico actual y tampoco alcanzó las dos terceras partes. Sin embargo, la actual Ley Orgánica sigue vigente.

Adelanto una conclusión: hemos presenciado cambios; muchos de ellos producto de los movimientos sociales universitarios, incluso los que fueron derrotados porque educaron a generaciones y contribuyeron a abrir el camino hacia la democratización, imperfecta y tan limitada, en nuestro país. Es difícil llamarla transición a la democracia, dejémosla en recambio partidista en las altas esferas gubernamentales.

Quisiera concluir señalando que, en cierto sentido, la Universidad de hoy se parece más a la del discurso del CEU que a la del discurso de "Fortaleza y Debilidad...". En los festejos del *centenario*, hasta quienes hablaron en nombre del Consejo Universitario citaron el concepto de Universidad laica y gratuita... Los diputados que tomaron la palabra, prácticamente todos hablaron de la Universidad gratuita. Esa era nuestra demanda y por esa gratuidad hubo dos conflictos más. Uno en el periodo del doctor Sarukhán en 1992 y otro en el rectorado del doctor Barnés, pero abordar ese periodo será motivo de otra mesa de discusión.

Mientras tanto, digamos que nuestra Universidad es una institución a la cual las condiciones del país han obligado a que se vuelque a opinar sobre la transformación nacional, independientemente de la orientación política e ideológica de sus rectores.

Por lo menos los dos últimos han tenido que opinar sobre lo que ocurre en México y la necesidad de cambiarlo. Es una universidad en donde esa vieja tesis de su vinculación social, de la responsabilidad social, de la imagen de la universidad como agente transformador de la sociedad, está totalmente potenciada.

Sólo hay que ver las encuestas. En los últimos cinco años, la institución que aparece con el mayor índice de confiabilidad de la sociedad mexicana es la universidad (no sólo la UNAM) sino *la* universidad, seguida de cerca por la iglesia católica; sigue el ejército, y el presidente anda en un lugar intermedio de la tabla; diputados y senadores andan con policías hasta abajo.

Si se revisa la Encuesta Nacional de la Juventud es aún más visible esta situación. La universidad posee una autoridad moral frente a la sociedad y la está ejerciendo. Ésa era la Universidad por la que debatíamos. Aun así falta una parte, porque esa Universidad que construyó sus formas de gobierno en el apogeo del autoritarismo mexicano de la década de los cuarenta, del milagro mexicano, del PRI aplastante, todavía no ha hecho algo que es fundamental, hacer que las decisiones de la Universidad las tomen los sectores académicos de la Universidad y no las burocracias.

Me parece que en ese tema hay un programa de transformación interna que viene de hace tiempo; lo abrió Mario de la Cueva en 1944, es el tema de la democratización de la vida universitaria por el que debemos seguir pugnando.